

873  
Q.

PQ2378  
03  
V68  
1924

LAS BATALLAS DE LA VIDA

VOLUNTAD

I

Eran las siete y media de la tarde, y en el cielo, enrojecido por los postreros moribundos reflejos del sol, se iba extendiendo lentamente la sombra de la noche. En los *boulevares* circulaba una multitud de personas que semejaba un río, en el que se formaban remolinos, cuando la venta de periódicos delante de los kioscos interrumpía la circulación. Las terrazas de los cafés estaban llenas de consumidores, entre los cuales cruzaban y volvían á cruzar los vendedores de bastones, llevando en bandolera la ancha funda de sarga verde, de la cual salían los puños de acero ó de hueso que coronaban el roten ó el bambú. Por la ancha acera pasaban y volvían á pasar esas mujeres, cuyo paseo á tal hora suele no terminar hasta que se las invita á comer en alguno de los *restaurants* inmediatos. Por el arroyo, los ómnibus de tres caballos, repletos de viajeros, circulaban con pre-

Derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

FONDO RICARDO GOYARRUBIAS  
"ALFONSO REYES"  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

caución en medio de los carruajes detenidos por los municipales en las bocacalles de las grandes avenidas, á fin de dejar paso á la corriente de los peatones. El todo formaba un rumor alegre, compuesto por el rodar de los carruajes, el trotar de los caballos, los gritos de los vendedores, el murmullo de los transeúntes, voces de la gran ciudad, que después del trabajo, la agitación y el ruido del día, iba á entrar en el reposo, la calma y el silencio de la noche.

Dirigiéndose hacia la *Chausée d'Antin*, dos jóvenes elegantemente vestidos se abrían paso, evitando los grupos y codeando á los transeúntes con esa destreza y con esa audacia risueña propias de los parisienses. Parecía que buscaban á alguien entre la multitud. Al llegar frente al pasaje *Jouffroy*, tuvieron un momento de vacilación.

—Ya no la veo—dijo el de más edad.

—Pues bien, no nos quedemos aquí...—replicó su compañero.

Y siguieron andando.

—Por otra parte—continuó—no conozco nada más tonto ni más inútil que seguir á una mujer por la calle. Si es una aventurera, la cosa no ofrece ningún aliciente; si es una mujer honrada, la aventura no tiene consecuencia posible. Luego en cualquiera de los casos se pierde el tiempo y la molestia.

—Te haré notar—querido amigo—que en esta ocasión, nosotros no hemos perdido nada, puesto que la encantadora muchacha que ha fijado nuestra atención durante cinco minutos, iba precisa-

mente por el mismo camino que nosotros. Y además, siempre es agradable ver trotar á una parisiense, y ésta tiene un aire vivo, resuelto y gallardo, que denota ser de pura sangre...

—Hablas como de una de tus yeguas de carrera.

—Amigo mío, no hay en eso ninguna ofensa ni para la mujer ni para... ¡Eh! ¡Mirala!

Detenida un momento por la difícil travesía del *Faubourg-Montmartré* la que, sin sospecharlo, había llamado la atención de los dos paseantes, subía deprisa la cuesta del *boulevard*, dirigiéndose hacia el *Faubourg-Poissonnière*. La concurrencia, menos apiñada, permitía andar con facilidad, y los dos amigos pudieron acercarse á la desconocida y examinarla á su satisfacción. Su atavío era más que sencillo. Un pequeño abrigo de paño oprimía su esbelto talle y caía sobre la falda de lana marrón sin un adorno, pero cortada con gusto; en la cabeza, de cabellos castaños, un sombrero de paja negra, sin bridas, ni plumas, ni flores. Un velito bastante espeso cubría su rostro. Su traje denunciaba una condición humilde; alguna modista, alguna camarera de la clase media, tal vez una podre maestra de piano, volviendo de dar sus lecciones. Pero había en su ademán una gracia y una elegancia propias para inspirar dudas sobre la realidad de lo que aparentaba. Parecía una gran señora vestida con un traje prestado.

Iba deprisa, sin pararse, sin mirar las tiendas y su paso firme resonaba claro y ligero en el asfalto. Los dos amigos habían llegado sin afectación á alcanzarla, y la miraban de reojo, no osando de-

mostrar que se ocupaban de ella, contenidos por un pudor repentino, como si tuvieran el sentimiento de que se encontraban en presencia de una Virgen. No pudieron distinguir su rostro, pero á través del tupido velo les pareció que sus ojos brillaban profundos y dulces. El velito caía hasta su boca, plegada con gravedad un poco triste. El único rasgo visible y claramente marcado de aquella fisonomía era una barba blanca y fina, firme y severa, tranquila y un tanto altiva. En suma, la desconocida podía ser fea, pero cualquiera hubiera jurado que era bonita.

—Oye—dijo á su compañero el más joven de los dos paseantes—si continúa en dirección á la puerta de San Dionisio, la dejamos. No tengo gana de ir á la Bastilla.

Estaban en la esquina del *Faubourg-Poissonniere*. La desconocida se detuvo un momento delante del arroyo que corría bastante ancho; luego, levantando un poco la falda, saltó con un movimiento ágil y gracioso, descubriendo el principio de una pierna fina y bien modelada. Ya al otro lado de la calle, bajó rápidamente por el *Faubourg-Poissonniere*.

—Parece que va á casa de tu abuela—dijo riendo el mayor de los dos amigos.

—O al Conservatorio.

—No; no hubiera atravesado la calle.

Alcanzaron otra vez á la joven, y se estableció entre ella y ellos una especie de comunicación magnética. Ella les miró tranquilamente y no pudo menos de advertir su animación y adivinar su curiosidad; el pliegue de su boca se acentuó con

dureza. Pareció recogerse en sí misma, no inquieta, sino contrariada. Apresurando el paso se adelantó á sus perseguidores, y al llegar delante de una gran casa de ancha puerta cochera, se volvió rápidamente y entró. Los dos amigos, que llegaron casi al mismo tiempo que ella, se detuvieron mirándose y se echaron á reír.

—¿No te lo había dicho? Va á casa de tu abuela.

—Ha entrado en la portería; esperemos que salga.

En aquel momento salió la joven, llevando en la mano una llave, que era sin duda la de su cuarto, y un paquete envuelto en lustrina gris. Al encontrar á los dos hombres plantados en la puerta como espiándola, no pudo contener un gesto de despecho; volvió la cabeza como para manifestar su disgusto, y tomando por una escalerilla que había á la derecha de la portería, desapareció.

—Vive en la casa—dijo el más joven de los dos amigos—y, sin embargo, es la primera vez que la encuentro. En los sotabancos hay pequeñas habitaciones. Es alguna obrera... En cualquier caso, la caza ha terminado, porque supongo que no querrás trepar á un piso quinto para que te den virtuosamente con la puerta en las narices. Por consiguiente, vamos á comer.

—Pregunta al portero cómo se llama...

—Bien.

El joven abrió la puerta de la portería, en la que había un hombre de cabellos blancos sentado en un sillón de badana leyendo un periódico. Al reconocer al que entraba, se levantó sonriendo y se quitó la gorra.

—Tío Anselmo, ¿quién es la persona que acaba de salir de la portería?

—La señorita Elena, una de las inquilinas del piso quinto, señorito Luis... Una joven muy juiciosa, muy tranquila y muy valerosa. Trabaja en la confección todo el día, y para ocupar la velada, hace encaje hasta media noche. Mi mujer arregla su cuarto. Nosotros la llamamos la señorita Elena, pero su apellido es Graville. Hace dieciocho meses que vive aquí, y no se ha notado nada...

—Gracias, tío Anselmo—dijo el joven, viendo que el portero se disponía á hacer una biografía completa de su inquilina.

Y saludando amistosamente al anciano, se unió á su compañero.

—Se llama Elena Graville, y trabaja para un almacén de modas... Es juiciosa, ordenada y tiene edificado con su virtud al portero... Si quieres cásate con ella...

—¡Llévete el diablo!

—Pues vamos á comer, son las siete y media, y á mi abuela no le gusta que se llegue tarde.

Los dos se dirigieron hacia el peristilo de un hotel situado en el fondo del patio. Con fachada por un lado al *Faubourg-Poissonniere* y por el otro á un inmenso jardín que se extiende casi hasta la calle *d'Hauteville*, el hotel *Hérault-Gandon* fué edificado en tiempo de Luis XV por el barquero La Grimonière, que había hecho de él su casa de campo. Un riachuelo, que ya no existe, atravesaba el parque y salía á la *Grange-Batelière*, alimentando estanques de mármol, en cuyo emplazamiento han

sido construidas algunas de las casas de la calle *d'Engkien*. Comprado en 1852 á raíz del golpe de Estado por *Hérault-Gandon*, el gran industrial, cuyos talleres metalúrgicos son los más importantes de San Dionisio, ha sido desde hace treinta años la residencia de la familia. La anciana señora de *Hérault* lo habita con su nieto Luis, único heredero de su nombre y de su fortuna.

Luis y su amigo subieron los escalones del peristilo y entraron en su vestibulo enlosado de mármol, cuya puerta abrió un criado con librea negra.

—¿No me han esperado?—preguntó el joven, tomando de una bandeja de plata algunas cartas y periódicos.

—Hace cerca de un cuarto de hora que la señora se ha sentado á la mesa con la señorita *Lereboulley*.

—¡Ah! Si Emilia está ahí—dijo Luis á su amigo—todo va bien.

Subieron al piso principal por una ancha escalera de mármol cubierta de rica alfombra, y llegaron á una galería, en la que estaba sentado delante de una mesa de madera tallada un criado solemne y grave como un jefe de negociado en su oficina. Se levantó lentamente, tomó los abrigos y los bastones de los dos jóvenes, y sin pronunciar una palabra abrió la puerta del salón.

Por en medio de una porción de veladores llenos de preciosas porcelanas, de biombos hábilmente dispuestos para cortar las corrientes de aire, de marquesitas y sillones en armonioso desorden, avanzaron hacia el comedor. En la ancha chimenea, de mármol blanco, ardía el fuego como en in-

vierno. Pero una ventana abierta dejaba penetrar el fresco oxigenado de la vegetación naciente. Cerca de una butaca muellemente tapizada, un perro de lanas blanco dormía en una cesta guarnecida de raso acolchado. Al acercarse los dos hombres, abrió lánguidamente los ojos, reconoció amigos y después de mover la cola, volvió á dormirse. Al otro lado de la puerta se oía murmullo de voces y ruido de cubiertos. Luis abrió, y haciendo pasar delante á su amigo, dijo alegremente:

—¿Queda algo para nosotros, ó tenemos que ir á comer á la fonda?

—¡Ah! bribón ¿Ya estás aquí?—dijo la abuela levantándose con gozoso apresuramiento.—Buenas tardes, señor de Thauziat, siéntese usted al lado de Emilia.

Y golpeando con sus manos descarnadas para avisar á los criados,

—Pronto. ¡Dos cubiertos!—dijo.

Había cogido á su nieto por el brazo, como para asegurarse de que no se iba, y mirándole con ternura, le hizo sentarse á su lado. Era una mujercita pequeña, acartonada por la edad. Sus cabellos blancos, su tez fresca y sus ojos vivos le daban una apariencia de salud. Vestía un traje negro muy sencillo y llevaba sobre los hombros un chal de punto de aguja. El aspecto de la modesta señora de la clase media contrastaba con aquel admirable comedor adornado de magníficas pinturas debidas al pincel de Largillière, y cuyo techo abovedado representaba la guerra de los Dioses y los Titanes, pintada por Coypel.

—Ya ves, Emilia—dijo con viveza—nosotras creíamos comer solas y ahora vamos á hacerlo bien acompañadas.

La persona á quien la señora Hérault dirigía la palabra era una joven de aspecto enfermizo. Su barba saliente, su boca crispada, su nariz puntiaguda hubieran ofrecido los caracteres distintivos de la maldad, si una frente ancha y soñadora coronada por soberbios cabellos rubios, no hubiera corregido con su nobleza todo lo que en el resto de la cara había de amenazador. Aquella cabeza, notable por su singularidad, dominaba un cuerpo débil, un poco encorvado, al que se unían largos brazos flacos terminados en manos pequeñísimas adornadas de magníficas sortijas. Emilia vestía con gran elegancia, pero sin esos refinamientos de gracia que caracterizan á la mujer que quiere gustar. Parecía haber abdicado toda pretensión, resignándose á no ser para los hombres más que un camarada, en vista de su falta de atractivos. Aunque no tenía aún veinticinco años, representaba treinta.

Hija única de Sebastián Lereboulley, senador, antiguo ministro, uno de los grandes hacendistas de Europa, había perdido á su madre muy niña, y educada por una institutriz inglesa, había adquirido costumbres independientes que favorecía el cariño de su padre. Absorto por el cuidado de sus inmensos negocios, preocupado por la política y arrastrado por una afición á la galantería que la edad no templaba, Lereboulley, que adoraba á Emilia, la había dejado vivir á su antojo en el

culto de las artes, la intimidad de los artistas y la exploración de lo bello. Aquella joven tan poco favorecida por la naturaleza, parecía haber querido compensar con la elevación brillante de su espíritu la degradación miserable de su cuerpo. Se ocupaba en escultura y en pintura con un talento que hubiera asegurado el porvenir de un pobre diablo. La causticidad de su ingenio la hacía temer en el mundo donde su inmensa fortuna le atraía una corte de adoradores. Pero no atacaba nunca á los humildes y reservaba sus frases aceradas para los intrigantes y los orgullosos.

Su mano había sido pedida por los jóvenes más amables de la aristocracia y de la banca; pero ella rechazó á todos los pretendientes, diciendo que tenía demasiado orgullo para no exigir que la aceptasen por amor y bastante razón para comprender que esto era imposible. Este amargo razonamiento, que denotaba un corazón tierno desgarrado por dolores disimulados con altivez, no había desalentado á los aspirantes. La turba de ambiciosos había seguido reclutándose entre todos los que podían esperar que un momento de cansancio, un minuto de despecho, podían abrir aquella mano hasta entonces obstinadamente cerrada.

Solamente dos entre todos los que la rodeaban podían vanagloriarse de ser objeto de una preferencia marcada por parte de la señorita Lereboulley, y estos dos elegidos eran precisamente los que acababan de entrar en el comedor de la señora de Hérault. Uno de ellos, Luis, amigo de la infancia, era considerado por Emilia como un hermano. El

otro, Clemente de Thauziat, amigo de poco tiempo, había tenido la habilidad ó la independencia de no presentarse como pretendiente, lo que le había atraído la atención semiburlesca, semicariñosa de la joven. Se veía obsequiado alternativamente por frases amables y epigramas sangrientos. Con él la señorita Lereboulley parecía una gata, que tan pronto araña como acaricia. Un observador hubiera podido hacer notar que predominaban los arañazos. Pero, en suma, no le desdeñaba, y esto era un triunfo.

Por su parte, él se mostraba muy capaz de defenderse, pues de todo tenía menos de cándido. Aunque no representaba más de treinta, tenía ya cuarenta años. Era un buen mozo, moreno, con cara de árabe, los ojos negros y la barba rizada, el aspecto viril y de una sobriedad en su atavio que le daba un carácter notable de distinción. Había venido á París muy joven lanzándose con singular atrevimiento en grandes negocios y disponía de cuantiosos capitales. Lereboulley le apreciaba mucho. Se habían encontrado en el mundo galante, donde Thauziat se constituyó desde luego en guía é iniciador del cincuentón. El hábil compadre había enseñado al financiero todas las vueltas y revueltas de la isla de los placeres, y el financiero, en cambio, le abrió el camino de la fortuna.

Lereboulley y Thauziat habían vivido de esta suerte durante diez años en intimidad completa, y sabían uno de otro muchas historias, graciosas unas y terribles otras, batallas de amor y batallas

de dinero dadas en los gabinetes cubiertos de encajes ó ganadas sobre el frío pavimento de la Bolsa. Cuando se decía riendo que entre aquellos dos hombres había cadáveres, no se decía más que la verdad. Pero con Thauziat no convenía andarse en bromas, porque era uno de los primeros tiradores de florete de París, y con la pistola hacia á treinta pasos tantos blancos como disparos.

Después de todo era un maravilloso tipo aventurero perdido en este siglo anémico y mezquino, que dominaba desdeñosamente con toda su belleza, todo su atrevimiento y toda su inteligencia. En el siglo xv hubiera sido uno de aquellos soberbios *condottieros* que se cortaban principados en los territorios conquistados, y que, patrocinando arquitectos, escultores y pintores, edificaban palacios de mármol poblados de estatuas y adornados de cuadros que son hoy la gloria de los Museos modernos. Tenía la contextura de un Sforza ó de un Colonna; pero encerrado en esta estrecha civilización, no había podido abrir sus alas de águila. Y replegado sobre sí mismo, aún conservaba un aire de audacia y de fuerza que le hacía distinguir desde luego por las miradas perspicaces.

Amaba en todo lo exquisito, y jamás un hombre derrochó el dinero con gusto tan refinado. Vivía en la avenida *d'Antin* en un hotel, que era la habitación de soltero más deliciosa que había en París. En él había reunido cuadros que, aparte de su mérito artístico, tenían todos un origen célebre por haber pertenecido á la galería de los más famosos aficionados. Ninguna casa estaba

mejor montada que la suya y sus trenes eran los mejores en los concursos hípicas. Tenía caballos de carrera, y su casaca violeta triunfaba en los hipódromos. Sus aventuras amorosas le habían valido odios terribles, de que siempre triunfaba, y admiraciones de que sacaba partido. En este siglo, en que lo banal reina, tenía una originalidad, y por esta razón era una de las doce ó quince figuras notables de París. Le había bastado distinguir con su amistad á Luis Hérault, para que éste adquiriese cierta notoriedad. De la noche á la mañana el amigo de Clemente se había hecho alguien, nada más que por reflejar los rayos del astro.

Se habían encontrado en Viena en circunstancias extraordinarias. Volviendo de Carlsbad, Thauziat había aceptado una invitación para cenar en casa de Carlota Brunnem, una de las más célebres bailarinas de Europa. Luis Hérault, que estaba allí de paso para Moravia, había sido presentado en aquella fiesta por lord Eddisley, uno de sus amigos de casino. Thauziat y él eran los únicos franceses en aquella reunión, compuesta en gran parte de alemanes. Había entonces en Francia una violenta ansiedad. La guerra parecía próxima á estallar, y sólo el Czar, por medio de una intervención inesperada, tenía en suspenso una nueva invasión próxima á pasar los Vosgos. Clemente de Thauziat, acostumbrado á brillar en todas partes, no pareció notar la composición esencialmente germánica de la concurrencia, y desplegó las gracias de su ingenio como si hubiera estado en una reunión de amigos. Las mujeres, que son por regla general

cosmopolitas cuando se trata de buenos mozos, se declararon desde luego por él, y el visible favor de que era objeto no contribuyó poco á predisponer en contra suya á los demás invitados. Pero poco á poco su buen humor y su ingenio acabaron por dominar á todos, y la cena, que había comenzado á las doce, seguía á las dos de la madrugada cada vez más alegre y regocijada.

Aquel fué el momento que escogió la dueña de la casa para brindar por el que se había improvisado rey de la fiesta. Si Carlota se hubiera limitado simplemente á vaciar su copa en honor de Thauziat, todos los presentes, sin vacilar, hubieran secundado su brindis. Pero tuvo la imprudencia de asociar á su manifestación de simpatía á Luis Hérault y reuniendo á los dos compatriotas en la misma expresión, exclamó: «Señores, á la salud de nuestros amigos de Francia.» Había allí dos agregados militares, un noble barón bávaro, de seis pies de estatura, rubio como la cerveza de su país, y un capitán prusiano, fornido y con aire feroz y agrio, aun en estado de embriaguez. En medio del coro de las voces de todos los convidados resonó un ruido estridente; las copas de los dos oficiales acababan de caer rotas sobre la mesa. Hubo un momento de silencio angustioso, en medio del cual se elevó la voz tranquila de Clemente:

—Estos señores no tienen más sed, pero tal vez les convenga un poco de aire.

Se había puesto en pie y con él los dos alemanes, é hizo á Luis un gesto para que le siguiera.

—Continuad—dijo sonriendo á los convida-

dos.—Nosotros volveremos dentro de un minuto.

Se dirigió hacia una ventana que estaba abierta á causa del calor, y pasando al balcón, por debajo del que corría un pequeño brazo del Danubio, encendió un cigarrillo y se puso á hablar lo más tranquilamente del mundo con el Goliath bávaro. Desde lejos se le veía sonreír, mientras su interlocutor, muy encarnado, hacía signos negativos con la cabeza. Luis, por su parte, la había emprendido con el prusiano. Nadie supo qué preguntas ni qué respuestas se cruzaron en aquél diálogo que fué muy breve. Pero al cabo de algunos segundos se oyó un doble grito, y no quedaron en el balcón más que los dos franceses. Volvieron á entrar en el comedor, y Thauziat, dirigiéndose á los concurrentes, dijo con la mayor calma:

—Me había equivocado: esos señores aún tenían sed y ya están bebiendo.

Todos salieron apresuradamente. Al pie del balcón, el barón y el capitán salían del riachuelo, que, por suerte, llevaba poca agua. Clemente y Luis se habían encargado cada uno del suyo. El día siguiente, en un bosquecillo cerca de Schœnbrun, el bávaro, que había querido batirse á sable, recibía de manos de Thauziat, un corte de banderola que hubiera entusiasmado á todos los espadachines de las Universidades alemanas. En cuanto á Luis, metió una bala en la pierna del capitán. Desde aquel día Thauziat y Hérault fueron inseparables. Tal vez esto no fuera muy conveniente para Luis, cuyo carácter débil hubiera necesitado un mentor más prudente que aquel terrible vividor; pero na-



die es dueño de cambiar su destino, y estaba escrito en lo porvenir que la existencia de Clemente y la de Luis debían estar trágicamente unidas una á otra.

Por de pronto, estaban muy tranquilamente sentados, en el hermoso comedor de la señora de Hérault, y comían con buen apetito, procurando alcanzar á las dos damas, que estaban ya á la mitad de la comida. Ellas dos, por otra parte, la vieja y la joven se habían detenido un poco y contemplaban con placer no disimulado á sus inesperados huéspedes.

—Y ahora, picaro—dijo la señora de Hérault á su nieto—¿quieres tener la bondad de decirme qué ha sido de ti en estos ocho días? Porque sin que esto sea hacerte un cargo, hace ya una semana que no te veo.

—Abuelita, he estado en Inglaterra con Clemente. Hemos ido á ver correr una yegua, en la que éste funda grandes esperanzas para los Oaks y acaso para el Gran Premio de Paris. Una hija de Baronette y Turlupín, nada menos.

—¿Y habéis venido?...

—Hoy.

—Pues el tren habrá llegado bastante tarde—dijo la abuela sonriendo—cuando no habéis podido ser puntuales á la hora de comer.

—Hémos llegado esta mañana. Yo he ido á San Dionisio para enterarme de los asuntos. Me he vestido en el círculo... y seguramente hubiéramos podido estar aquí á las siete, si Thauziat no se hubiese empeñado en seguir á una modistilla, cuyo aspecto le pareció agradable.

—¡Hola! ¡Hola! caballero—dijo la señorita de Lereboulley, cuyos ojos centellearon.—Ahora vamos á saber sus hazañas. ¿Con que ya sigue usted á las muchachuelas por la calle? Pero imprudente, ¿qué deja usted para la vejez?

Thauziat hizo un gesto de indiferencia.

—No hay que hacer caso de las calumnias de Luis, que quiere indisponerme con usted. Pero ya que se atreve á atacarme, le voy á pagar en la misma moneda. Nos hemos retrasado, porque antes de venir aquí ha querido ver á la señora de Olifaunt.

—¿Y han visto ustedes á la hermosa Diana?—preguntó Emilia, sonriendo irónicamente.

—No; dormía todavía.

—¿A las siete de la tarde? Sí, es su sistema. Va esta noche á un baile y quiere parecer fresca y descansada; en estos casos no se levanta en todo el día. ¡Ah! la pobre cuida su belleza como una joya de gran valor. Si pudiera la guardaría en un estuche con sus diamantes, y no la sacaría más que á las horas señaladas para el triunfo. Pero cada año, cada mes, cada día, cada momento marchita y aja esos encantos. Así, Diana, impotente para detener la marcha del tiempo, limita el número de minutos en que ha de exponerse á la fatiga que le puede producir una arruga. Eso se llama saber administrar el capital de la hermosura... Ella tiene además un gerente, su marido, el honorable Sir James... El día menos pensado tendrá una oficina... para las referencias.

—¡Emilia!—exclamó Luis en tono de amistosa

reconvención.—No pierdes nunca ocasión de enseñarte con esa señora.

—En cambio mi padre la distingue con su benevolencia. Creo que no tendrá la pretensión de agradar á toda la familia.

Hubo algunos momentos de silencio embarazoso, durante los cuales se oyó la risa estridente con que Emilia había subrayado su alusión. Deseando cambiar de conversación, dijo Luis:

—¿Sabes, abuelita, que la bella á quien perseguía Thauziat es una de tus inquilinas? Vive en la parte de casa del Faubourg.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El portero.

La señora de Hérault levantó las manos á la altura de su gorra de flores, y dijo:

—¡Pues está bonito! Amigo Thauziat, le prohibo á usted dar escándalo en mi casa. Esa joven quizás sea una mujer honrada.

—Anselmo lo atestigua. Además va muy mal vestida para no haberse conducido bien hasta ahora. Cuando corra por cuenta de Clemente, desechará su vestido de lana, y tendrá un coche á la puerta, para que los otros Thauziat no la puedan seguir por las calles.

—¿Y cómo se llama esa afortunada inquilina que atrae las miradas de nuestro gran maestro de elegancia?—preguntó la señorita de Lereboulley.

—Se llama Elena, como la que fué causa de la guerra de Troya—dijo alegremente Luis—y su apellido es Gravelle.

—¡Gravelle!—interrumpió la señora de Hérault.

—Es el nombre del pueblo en que yo nací. Había en el país una familia de Gravelle, que habitaba el castillo. Pero su único heredero era un varón, y no le he conocido ninguna hija que se llamase Elena.

—Pero, abuela, si tú la hubieses conocido tendría sesenta años, y se trata de una joven.

—Es verdad—dijo riendo la señora de Hérault.—Los viejos hablamos del pasado como si hablásemos de ayer, y nos admiramos cuando nos dicen: «¡pero si de eso hace medio siglo!» ¡Medio siglo! Justo medio siglo hace que me casé con tu abuelo. La señora de Gravelle tuvo en ello alguna parte, y yo le debí bastante en aquella época. No hubiera debido olvidarla nunca. Pero Hérault se empeñó en venir á París; se lanzó á los negocios, y yo me olvidé de mi país, del castillo y de la señora que había sido tan buena para conmigo... Esta es la historia de muchos... Parecen ingratos cuando no son más que ocupados. Si esa joven pertenece á la familia de que hablo, estamos en deuda con ella, y debemos pagarla.

—Eso será cosa fácil, porque parece pobre.

—En tal caso—dijo Emilia—Clemente habrá desempeñado el papel de Providencia, poniéndonos sobre la pista de una descendiente de los Gravelle que usted ha conocido. Pero tenga usted en cuenta que personas de ese apellido hay en Normandía tantas como manzanas, porque es de los más comunes.

—Yo me enteraré.

La comida había terminado, y se abrió la puerta del salón. La señora de Hérault se levantó de

la mesa, y sin tomar el brazo de Clemente ni el de su nieto, pasó la primera ágil y lista, dejando detrás á Emilia y á los dos jóvenes. El café estaba servido en una mesita. Indicándolo con un ademán á la señorita de Lereboulley, le dijo:

—Querida, haz tú los honores á estos caballeros y si luego nos quieren hacer el favor de acompañarnos un rato, permíteles que fumen sus horribles cigarros.

—Emilia sentiría mucho que no fumásemos, porque entonces no podría fumar ella tampoco.

—Ese es un modo ingenioso de hacer constar una vez más que estoy mal educada, ¿no es verdad?—interrumpió Emilia, que añadió con amarga melancolía:

—Acostúmbrense ustedes de una vez á tratarme como á una criatura excepcional. Yo no tengo nada de mujer, y he querido librarme, hasta donde me ha sido posible, de la sujeción impuesta á mi sexo. Estoy privada de todos los goces femeninos. No debo pensar en engalanarme, porque con mi figura sería grotesco. Nadie me hace la corte, al menos por mi misma, aunque hay muchos que cortejan mi dinero. Cuando uno de esos valientes me dice suspirando: «¡Es usted encantadora!» yo transporto la música de su romanza, y escucho: «¡Qué rica es usted!» Entonces envío al diablo al pretendiente con su especulación amorosa, y busco en los placeres de la libertad compensaciones á mi pobreza moral. Salgo cuando me place, voy donde quiero, guío yo misma mis caballos, hablo de todo, lo leo todo, fumo con mis amigos y soy casi

tan calavera como tú, mi querido Luis, menos las malas costumbres, por supuesto... Y en eso no tengo gran mérito.

Y haciendo una pirueta, que la mostró en su enfermiza deformidad, soltó una carcajada, y sacando del bolsillo una linda caja de plata, tomó un cigarrillo ruso, que encendió, echando con afectación el humo al rostro de Luis.

—A la lista de esos defectos falta todavía uno, señorita—dijo Thauziat tranquilamente.

—¿Cuál?

—El ser fanfarrona. Como otros alardean de ser buenos, usted alardea de mala, y sin razón. Porque con todas esas pretensiones de maldad es usted excelente persona.

—¡Eso no es cierto!—exclamó violentamente Emilia.—¿Y por qué había de serlo? Odio y desprecio al género humano, porque me parece estúpido, malvado y cobarde.

—Y no se engaña usted... Pero es usted demasiado inteligente para no hacer excepciones. Y la prueba es que al llegar aquí la hemos encontrado acompañando á la señora de Hérault para indemnizarla de la ausencia de su nieto.

La abuela se levantó de su sillón, y exclamó con alegre viveza:

—Muy bien dicho: héla aquí cogida en flagrante delito. Por otra parte, usted está tan cogido como ella, á pesar del decantado egoísmo que pregona, puesto que viene usted á comer con una vieja fastidiosa, y luego tiene la bondad de pasar la velada acompañándola.

Thauziat movió su hermosa cabeza sonriendo:  
—No lo crea usted, señora. No crea en mi abnegación. Yo vengo á comer aquí, porque la mesa es buena, y luego me quedo á jugar una partida de básiga, porque juega usted muy bien. Ni más ni menos.

Los ojos de la anciana brillaron, y dijo á su nieto:

—Danos la mesa, Luis.

—Abuela, podemos estar hasta las once. Procura aprovechar el tiempo.

—No tengas cuidado.

Comenzó la partida. Emilia y Luis se habían sentado en un extremo del salón. Permanecieron un momento silenciosos; ella fumando distraidamente, y él absorto en pensamientos que le llevaban muy lejos del tranquilo hotel, donde no llegaban ni siquiera los ruidos de la ciudad, amortiguados por la extensión desierta de las calles y la soledad de los jardines. Veía, súbitamente evocada, la imagen sonriente de una mujer rubia, de rostro sonrosado, iluminado por la mirada de dos ojos azules. Se balanceaba ligera como una aparición, blanco fantasma de un sueño, graciosa, un poco irritante con su enigmática sonrisa que parecía decir: «Atrévete á amarme. Si confiesas que me deseas y me quieres, ¿quién sabe lo que te contestaré? A pesar de mi apariencia marmórea soy ardiente y apasionada. Pero no me animo, no me transfiguro sino para el que me adora. Cógeme en tus brazos y sentirás latir mi corazón. Audacia... Ese es el secreto del triunfo.»

Luego, de repente, aparecía junto á ella otra

forma, á la vez grotesca y amenazadora, la de su marido, el honorable Sir James, como decía sarcásticamente Emilia, con sus cabellos rojos encrespados, su rostro coloreado por el vino y sus ojillos negros penetrantes y burlescos. Se presentaba flemático y ceremonioso, afectando una corrección irreprochable, y hablando de su lealtad con la frecuencia afirmativa de un hombre que no quiere dejar que se manifieste la duda. Demostraba afecto paternal á la bella Diana, á la que prodigaba los apelativos más tiernos, pero era visiblemente bastante poco marido para desalentar á los adoradores.

Cuando la sonrisa dejaba de dar á su rostro una expresión alegre, afectaba una dureza siniestra. ¿Quiénes eran aquel hombre y aquella mujer que habían aparecido súbitamente dos años antes en la sociedad de París? Habitaban un hotel en la avenida Gabriel, tenían soberbios carruajes, daban de comer los martes y recibían por la noche. El senador Lereboulley, padre de Emilia, hombre de sesenta años, muy grueso y con los cabellos tan negros que denunciaban la tintura, era íntimo de la casa. Llevaba á la bella inglesa flores y bombones y la llamaba Diana. Debía tener en su casa de banca fondos de los señores de Olifaunt, porque muchas veces se vieron talones de Banco con la firma de Lereboulley en manos de Sir James.

Otro amigo que entraba allí con mucha confianza era Thauziat. Cuando se le preguntaba acerca de Sir James, decía que pertenecía á una excelente familia del Yorkshire, que se había casado por amor con la hija de un pastor protestante. Cono-

cía de larga fecha á la mujer y al marido, y había contribuido mucho á procurarles relaciones cuando se establecieron en París. Por su mediación fué presentado Lereboulley á Diana. Diferentes veces había tratado Luis de preguntar á Clemente por sus amigos de Inglaterra; él esquivó siempre dar una respuesta categórica con una frialdad altanera que hacía difícil la insistencia. Luis, sin embargo, creyó muy hábil hacer á Thauziat y á Lereboulley la confianza de su pasión naciente por la señora de Olifaunt. Clemente respondió con indiferencia: «Pues hazle la corte.» En cuanto al senador frunció violentamente el ceño y exclamó con agitación: «Pero, querido ¿está usted loco? Esa es una mujer muy honrada.»

¿A quién creer? ¿De quién fiarse? las apariencias favorecían al matrimonio, que vivía decorosamente, rodeado de amigos seguros y sin llamar la atención más que por cierta punta de excentricidad libre, muy excusable en los extranjeros. Y, sin embargo, el instinto secreto de Luis le ponía en guardia, y conservaba la extraña sospecha de que Diana pudiera ser en realidad una aventurera de alto vuelo y Sir James un caballero de industria que viviera de la hermosura de su mujer.

Dominado por su preocupación, Hérault dejó escapar un suspiro.

—Corazón que suspira, no tiene lo que desea—dijo Emilia, tirando su cigarrillo.—Te apuesto á que adivino en quién piensas.

—Veamos.

—En nuestra hermosa Diana, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues en pago, dime dónde os vais á encontrar esta noche, porque vais á la misma casa, ¿no es verdad?

—Bien; pero sé discreta, porque te voy á confiar un secreto: vamos á la reunión del conde Woreseff.

—Pero esa es una fiesta de *cocottes*—dijo Emilia haciendo un mohín de disgusto.—¿Y nuestra pública diosa se presenta en semejante sitio?

—En primer lugar, no habrá más que las estrellas de nuestros grandes teatros.

—Lo que yo te decía.

—Y además muchas damas de la buena sociedad movidas por la curiosidad. Bajo la careta se pueden consentir muchas cosas. Por otra parte, la señora de Olifaunt estará bien acompañada. Sin contar á Sir James...

—Sí, no le contemos...

—Estará tu padre...

—¿Mi senatorial y majestuoso padre? ¿Y qué va á hacer allí? A ver si aquellas señoritas le sacan algunos billetes de mil francos...

—Además iremos Thauziat y yo... Ya ves que con tantos protectores.

—Estará Diana muy en peligro.

—Nunca hablas con formalidad, Emilia.

—¿Hablas tú acaso? En fin, según dices, será esa una reunión de las más escogidas... El *Faubourg-Saint Germain* y el *Faubourg-Montmartre* mezclados. Una madre podrá llevar sin peligro á su hija—añadió irónicamente.

Y acercándose á su amigo le digo con zalamería.  
—Vamos, llévame, Luisito. Tengo mucha gana de ir...

—¿Te burlas?

—Por esta vez, no.

—Pero, querida, no estás invitada...

—Yendo contigo, ¿qué importa? Dirás á Woreseff que soy la hermosa Fatma disfrazada de parisiense. Con un dominó ya verás como parezco otra. Será divertido... Llamaré la atención, porque sé tantas cosas de todos los que habrá allí... ¿Con que estamos de acuerdo?... ¡Ah! No te estorbaré... Serás libre... Y en cuanto á mí, el que se atreva á faltarme al respeto... en el pecado llevará la penitencia.

—Pues bien, sea—dijo Luis.—Pero con la condición de que me has de decir lo que sabes de la señora de Olifaunt.

El rostro de Emilia se contrajo, y mordiéndose los labios, dijo moviendo la cabeza con gravedad:

—¿Qué quieres que te diga si tú la conoces? Que es hermosa, joven y rica.

Luis vaciló un momento, y preguntó, mirando fijamente á Emilia:

—¿Qué tiene que ver con tu padre?

—¿Es eso lo que te preocupa?

—Sí; he preguntado á Thauziat, y no me ha contestado. Tú odias á Diana y ella te teme, esto es evidente. ¿Por qué tu odio? ¿Por qué su temor?

Los ojos de Emilia brillaron con fulgor sombrío, y dijo con ironía:

—No nos adoramos, es verdad. Y ya que lo quieres saber todo, te diré que creo que Diana es una hija natural que mi padre tuvo en otro tiempo en Inglaterra.

Luis se encogió de hombros.

—¿Te burlas de mí? ¡Si no la conocía hace dos años!

—La encontró por casualidad... Thauziat le puso sobre la pista. ¡Los caminos de la Providencia son misteriosos!

—¡Eh! No es posible.

—¿Qué ha de ser entonces si no es su hija?—preguntó Emilia, que había recobrado su burlona alegría.—¿Su querida? No esperarás que yo te diga que sospecho de la conducta de mi padre. Y yo misma, que recibo á la bella Diana, ¿qué papel haría si ésta fuera una bribona? No. Su conducta es perfecta; pero como es inglesa tiene excentricidades: eso es todo. Para terminar, permíteme que te dé un consejo: no le hagas la corte. Tendrías un duelo con Sir James, que es gran tirador de pistola...

Y como Luis hiciera un gesto desdeñoso, añadió inmediatamente:

—Y sobre todo, disgustarías á papá, lo cual es infinitamente más grave.

—Entonces tendrá razones para ese disgusto...

—Las que te he dicho. Conténtate con ellas á falta de otras mejores. ¿Con que me llevas?

—Ya que te empeñas... Pero por tu cuenta y riesgo.

—Naturalmente... Además, papá estará allí, y

cuando me aburra, le daré la sorpresa de darme á conocer.

—Pues no le hará mucha gracia. ¿A dónde voy á buscarte?

—A la puerta del hotel, á las doce.

—Corriente.

En aquel momento la señora de Hérault se levantó de la mesa de juego, y dijo dirigiéndose á los jóvenes:

—Bonito negocio, hijos míos. Este Clemente tiene una suerte espantosa; ¡perdemos doscientos cincuenta francos!

—¿Sí? Déjeme usted—exclamó Emilia, ocupando el asiento de la abuela.—Voy á sacarle todo ese dinero que ha ganado y un poco del suyo.

Barajó las cartas y añadió mirando audazmente á Thauziat:

—Corte usted.

—Norabuena. Pero no vale hacer trampas.

—Si no hago trampas, ¿cómo he de ganar?

—Gracias.

Y cogió la mano fina y nerviosa de la señorita de Lereboulley y besó sus uñas sonrosadas. Emilia le dejó hacer con visible complacencia. Sus narices se hincharon ligeramente, sus ojos brillaron como animados por una emoción súbita, y dijo irónicamente:

—¡Adora usted lo que le desgarral... Me parece bien.

Y aconsejada por Luis emprendió la partida.

La señora de Hérault, sentada en un sillón al lado de la chimenea, y aletargada por el silencio,

empezó á soñar despierta. El recuerdo de aquella joven que llevaba el nombre del pueblo en que había nacido, no la abandonaba. E insensiblemente recorría la pendiente del pasado. Los años de juventud y de pobreza, años felices sin embargo, que volvía á ver, sonriendo, desfilaron ante ella, y cautivada por el espejismo que la hacía descubrir en un instante todo el panorama de su vida, la abuela olvidó todo lo que la rodeaba.